

45), por no penetrar en el más profundo significado del primero y juzgarlo sólo a través de las apariencias externas.

Es curiosa la posición de Azorín frente a ciertos pensadores franceses. Sin duda que, aunque algunos de ellos dejaron un importante sedimento en su formación, no tiene por ellos la admiración que siente por los poetas ("Francia nos atrae principalmente por sus poetas", p. 152), o por otro género de escritores. Dejando aparte a Montaigne y a Pascal, que tan definitivos fueron en su juventud, se advierte una clara crítica hacia los pensadores iluministas, aunque esto no excluye, por supuesto, el profundo conocimiento que de ellos tenía, tanto de los franceses como de los españoles.

En el último capítulo, Edi Benassi se ocupa no tanto de la influencia de escritores de tipo político en Azorín, como de la posición de éste ante los sucesos políticos y militares que se desarrollaron a lo largo de nuestro siglo. En este sentido Azorín se muestra mucho menos como el pensador pausado y reflexivo, y mucho más como el hombre apasionado que se deja arrebatar por las ideas. Sin embargo, su simpatía por Francia permanece inalterable, y se convierte muchas veces en antigermanismo. Los puntos de contacto del espíritu español con el francés o el inglés son infinitamente superiores para el escritor, que los que se podrían tener con el alemán.

El Apéndice I (pp. 209-235) recoge los nombres de escritores o pensadores franceses citados en las obras de Azorín; su simple número y variedad serían suficientes para demostrar el propósito con que ha sido escrito el estudio.

Contamos ahora con una interesante obra, excelentemente trabajada, provista de un espíritu objetivo y científico, que no sólo es valiosa por sí misma, sino como punto de partida para otros muchos estudios.

PACIENCIA ONTAÑÓN DE LOPE

Universidad Iberoamericana.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ, *Selección de cartas (1899-1958)*. Barcelona, Editorial Picazo, 1973. (Colección *La Esquina*).

Juan Ramón Jiménez, que dedicó su vida a la poesía y al perfeccionamiento de su obra, destinó también buena parte de su tiempo al género epistolar. Entre sus proyectos figuraba el de publicar un volumen de sus cartas, "cartas que —como dice

Francisco Garfias en el prólogo del libro— en nuestro poeta tenían un carácter de creación. Tan es así que muchas de las publicadas por su autor en vida aparecieron con títulos, como si se tratase de un poema”.

Doscientas veintitrés personas son los destinatarios de estas cartas, entre los cuales hay nombres tan significativos como los de Rubén Darío, José Enrique Rodó, Antonio Machado, Díez Canedo, Valle-Inclán, León Felipe, Azorín, Unamuno, Ortega y Gasset, Paul Valéry, Teixeira de Pascoães, Jorge Guillén, Borges, Robert Frost, Alfonso Reyes...

Dada la amplitud de las fechas que abarca esta *Selección* —ya que va desde la época en que Juan Ramón se iniciaba en la literatura hasta el final de su vida— y dada la variedad de sus destinatarios, el conjunto es de un gran interés, tanto por la calidad de su prosa como por las ideas y puntos de vista vertidos en las cartas. Las cuales contribuyen a explicarnos la compleja personalidad de Juan Ramón, que aparece aquí dibujada a través de la autenticidad de sus confidencias y de sus opiniones. A lo largo de la lectura de estas cartas se hace presente la humanidad de Juan Ramón Jiménez. Es, ante todo, un hombre —un hombre dedicado a la elaboración de su obra— quien se manifiesta en ellas de manera sincera, aun cuando sus opiniones evolucionen y se modifiquen, lógicamente, con el transcurso del tiempo.

A veces su franqueza nos parece un poco violenta, pero cuando advertimos que Juan Ramón es, ante todo, sincero y que antepone esa sinceridad a cualquier otra clase de intereses, su actitud nos parece —estemos o no de acuerdo con sus afirmaciones— no sólo admisible, sino digna de alabanza.

Las cartas abundan en detalles interesantes sobre su curiosa personalidad. Por ejemplo, en carta dirigida desde Moguer (¿1912?) a Julio Pellicer, le comunica que ha decidido volver definitivamente a Madrid. “Pienso irme a mediados de octubre y me ocupo actualmente en buscar un alojamiento digno. Con este motivo le he escrito a Gregorio, Díez-Canedo, a R. Leyda, a Acebal, a Gómez de la Serna y ahora a ti, esto es, a personas que por ser de Madrid, o estar ahí casados, además de ser serias, pueden encontrarme entre sus relaciones lo que deseo. Sabes bien mi preocupación de siempre; por ello busco casa en sitio próximo a una de *Socorro*. Como el distrito ese la tiene en la plaza Mayor, no me importaría vivir por sus cercanías”.

En las cartas hay infinidad de noticias y de pormenores muy

diversos. Todo ello, cuando es desconocido, resulta interesante en el detalle y coherente con la personalidad del poeta, a juzgar exclusivamente por su obra. Si en ocasiones nos pueden hacer modificar la idea que teníamos sobre algún aspecto determinado, no descubrimos por ello la menor contradicción. Al contrario, afirmación constante es la que se nos trasmite a través de las cartas. Afirmación en la dedicación a la obra y en la fe que Juan Ramón ponía en los valores de la cultura. Y la suya —aunque no pretenda mostrarlo en ningún momento de manera explícita— era muy amplia.

Personalmente, como poeta, Juan Ramón se muestra preocupado por alcanzar la perfección, y manifiesta su sincera admiración —que deducimos pone por encima del aprecio que tiene a su propia obra— hacia la poesía de Unamuno y de Machado, por ejemplo. De su afán de perfección y de las dudas que le asaltaban hacia lo que había escrito y publicado, es buena muestra la carta dirigida a Rivas Cherif el 7 de septiembre de 1920: "Ahí van esos libros que, como le dije, están en el «Cuarto de depuración», esperando nuevas ediciones más a mi gusto; es decir, que no tienen para mí más que un valor transitorio. Por eso le escribía ayer que eran para el amigo solamente, no para el bibliógrafo."

A veces también sus opiniones son quizá excesivamente duras. Pero ello es el resultado de una personalidad compleja y extremadamente sensible, que se mostraba tal como era, con sus limitaciones, pero sobre todo con la innegable grandeza del poeta inspirado, que busca la perfección y la autenticidad por encima de todas las cosas.

ANTONIO FERNÁNDEZ MOLINA

Palma de Mallorca.

MANUEL GARCÍA-VIÑÓ, *Ignacio Aldecoa*. Madrid, Espasa-Calpe, 1972. (*Grandes escritores contemporáneos*).

No hay duda de que este estudio sobre la obra de Ignacio Aldecoa y esta aproximación a su vida y a su personalidad, están realizados con simpatía. A García-Viñó le atrae Aldecoa como persona y como escritor, lo cual se refleja en todas las páginas de su libro.

La simpatía que García-Viñó siente por el desaparecido novelista es una excelente vía por la que podemos penetrar en